

“Del más sabio recibe siempre la ley el más ignorante”.
Inquietudes lingüísticas de Musso y Valiente,
un lorquino ilustrado

MERCEDES ABAD MERINO
Universidad de Murcia

José Musso y Valiente, personaje célebre en su época, desapareció de la memoria histórica con el paso del tiempo, discretamente, tal y como vivió en esos agitados años de la transición entre el siglo XVIII y el XIX. Apenas han llegado a nosotros noticias suyas, y las escasas que se conocían hasta hace muy poco tiempo lo situaban como un erudito lorquino del que poco se sabía más allá de los límites locales. A raíz de los últimos libros editados¹ empezamos a contemplarlo como un personaje interesante, académico de la Historia, de la Lengua, de Bellas Artes, conocedor de biología y matemáticas... y finalmente, una vez publicada su obra inédita², se nos muestra como una persona fascinante a la que vale la pena rescatar del injusto olvido al que se ha visto relegado por los avatares de la historia.

1 José Luis Molina Martínez (coord), *José Musso Valiente (1785-1838). Vida y obra*; Murcia, FCEHILRM, 1998; *José Musso Valiente (1785-1838). Vida y obra. Nuevas aportaciones*; Lorca, Ayuntamiento de Lorca, 2000; José Luis Molina Martínez – Manuel Martínez Arnaldos, *La transición socio-literaria del Neoclasicismo al Romanticismo en el Diario (1827- 1838) de José Musso Valiente*, Madrid, Nostrum, 2002.

2 José Luis Molina Martínez, (ed), *José Musso Valiente, Obras. 3 Vols*; Lorca - Univ. de Murcia, 2004.

1. EL PERSONAJE

1.1. El lorquino *ilustrado*

A principios del siglo XIX Musso era un intelectual reconocido y cotizado. Sometido a los cambiantes movimientos de la vida política en esa etapa entre el setecientos y el ochocientos, su vida no estuvo exenta de los sinsabores que los cambios de régimen comportan a los que se implican en ellos. Desempeñó diversos cargos políticos, vio mermado su patrimonio, partió al exilio en Gibraltar, ocupó de nuevo puestos de gobierno a su regreso... tuvo una vida familiar completa y falleció en 1838 en plena madurez, truncando todo un horizonte de expectativas que su intensa vida intelectual aseguraba.

Las transiciones entre siglos son siempre épocas complicadas y conflictivas, momentos de cambio, y entre el XVIII y el XIX asistimos a grandes cambios políticos, sociales, intelectuales y culturales. Nuestro hombre debe situarse en la transición del Antiguo régimen al liberalismo; en el reinado de Fernando VII entre 1814 y 1833³.

Como decía, a principios del XIX Musso era un intelectual reconocido, pero era un intelectual del siglo XVIII. Sobre todo por su formación y sus manifestaciones, era un liberal moderado y no participaba de las inquietudes prerrománticas emergentes. Esa es la razón de que no obtuviera el reconocimiento que verdaderamente se merecía en su tiempo y de que después cayera inmediatamente en el olvido:

“Con casi total seguridad, se puede deducir que nos encontramos ante un espíritu dotado de curiosidad universal, inclinado a la erudición y al conocimiento enciclopédico, lo que le aproxima a la gran corriente de la Ilustración española- Feijoo, Mayans, Cavanillas, etc. (...) Esta predilección por el trabajo intelectual y la reflexión (...) ayudan a entender su incomodidad ante el episodio revolucionario que le tocó vivir y ante el ambiente exaltado existente en la Lorca del Trienio”⁴.

La importancia de una sólida educación fue algo que defendió y practicó a lo largo de su vida, con sus hijos y con sus amigos. No en vano la cultura es para los

3 Juan Bautista Vilar Ramírez, “José Musso y la cultura española en la transición al liberalismo (1827-1839)”, en José Luis Molina Martínez (ed.), *José Musso Valiente. Vida y obra*; Murcia, FCEHILRM, 1998, pp. 45-63.

4 María Teresa Pérez Picazo, “Musso y Pérez Valiente, un lorquino en las puertas del liberalismo moderado”, en José Luis Molina Martínez (coord.), *José Musso Valiente (1785-1838). Vida y obra*; Murcia, FCEHILRM, 1998, pp. 103-122. Esp. 115-116.

españoles ilustrados el único camino verdadero hacia la prosperidad y el progreso⁵. “Del más sabio hereda siempre la ley el más ignorante”, dirá en su discurso de ingreso a la Academia de la lengua.

Estamos insistiendo en este aspecto porque será crucial para analizar sus ideas sobre la lengua, ya que partirá en todos sus juicios de una concepción equilibrada, justa, precisa y alejada de florilegios innecesarios, a partir de un idioma suficientemente rico y abundante, con una voz y un ritmo propios que no necesita de las esencias extranjeras para evolucionar; sólo hay que saber buscar los modelos en nuestro pasado, como veremos más adelante.

Toda su vida estuvo dedicada a conseguir la modernización y el progreso del país en todos los órdenes. Centrémonos en el que más nos interesa como estudiosos de la lengua.

1.2. El académico

Si hay una manifestación cultural sobreviviente del siglo XVIII, esa es, sin duda, la Academia. Academia Grecolatina, Academia de Medicina, Academia de Bellas Artes, Academia de la Lengua... son instituciones nacidas en la centuria anterior con unos objetivos poco apreciados en el XIX, que veía a los académicos como un grupo de ancianos desocupados, no demasiado progresistas, que perdían su tiempo en reuniones infructuosas debatiendo cuestiones totalmente alejadas de las preocupaciones del momento. En esa situación, un espíritu activo y emprendedor como el de este joven lorquino con ansias renovadoras fue aceptado inmediatamente en el seno de estas agrupaciones, tan necesitadas de savia nueva:

“Alguien como Musso, de noble cuna, esmerada educación, sólida cultura e ideas conservadoras, no podía por menos de caer de pie en unas asociaciones sin otro objeto que el estudio ni otro culto que la tradición. Si a ello se suma que el de Lorca resultó ser hombre de mundo, bien relacionado, políglota con capacidad de comunicación, inteligente, laborioso, servicial, emprendedor y sin demasiadas ambiciones, y sobre ello en la plenitud de su vigor físico y facultades intelectuales por no

5 J. Sarrailh, “La fe en la cultura y los frutos de la ilustración”, en Francisco Rico (coord), *Historia y crítica de la literatura española*, J. M. Caso González, *Ilustración y neoclasicismo*; Barcelona, Crítica, 1983, pp. 59-66. En la pág. 60: (Jovellanos, en *Memoria sobre educación pública*): “¿Es la instrucción pública el primer origen de la prosperidad social? Sin duda. Ésta es una verdad no bien reconocida todavía, o por lo menos no bien apreciada; pero es una verdad”.

haber cumplido los cuarenta, se comprende que fuera bien recibido por doquier, y una vez dentro, no tardara en hacerse imprescindible”⁶.

El discípulo, casi hijo, de Musso⁷ nos da noticia, tras su muerte, de la vida y obra de este hombre de entresiglos, con voz afligida y sincera a pesar de la retórica de la época. Nos lo presenta como un académico querido y respetado por cuantos le rodeaban

“En ella (la Academia) trabajando con el celo que acostumbraba, coadyuvó a la rectificación del Diccionario en que continuamente se ocupa aquel sabio cuerpo; tuvo a su cargo la corrección de todos los artículos pertenecientes a ciencias naturales, y entre otras comisiones en que tomó parte, pertenecía a la de formación de una gramática de la lengua. Con cuanto ardor trabajase en servicio de la Corporación, díganlo sus dignos compañeros, que creemos le conocerían pocos iguales en conocimientos, ninguno superior en el deseo de promover el esplendor y la gloria de la Academia.”⁸

No podemos entender esta figura fuera del momento histórico en que se inscribe, ya que si alguien puede representar las inquietudes en todos los ámbitos del saber, los vaivenes políticos, la curiosidad universal y el movimiento academicista ese es, sin duda, Musso.

Rastreando la huella de su paso por la Academia, Zamora Vicente⁹ nos dice que en 1827 lee su discurso de ingreso como honorario, y que pasó a ser de número en 1831, ocupando la letra F. Lo más destacable es que en esta historia de la Academia, a través de los libros de actas, aparece como un académico muy activo; presente en muchas comisiones y que trabajó también en la revisión del Diccionario e incluso redondeó el plan de Valbuena para el Diccionario manual. Es esta una época especialmente crítica, ya que con el levantamiento de Riego, el período constitucional hace vislumbrar una época de actividad académica y grandes proyectos, pero la nueva reacción absolutista de 1823 provocó el destierro de muchas personalidades y con ellos la paralización de muchas propuestas. De hecho, entre octubre de 1823 y marzo de 1825, se puede decir que no existe la vida académica; la 1ª reunión es de 1826. En esa época es cuando ingresa Musso Valiente, pleno de ideas y ansias renovadoras.

6 Vilar Ramírez, op. cit., pág. 57

7 Fermín de la Puente Apezechea, “Memoria biográfica del Señor D. José Musso y Valiente, Madrid, *Revista de Madrid*, Tomo II, 1838.

8 Op. cit., pág. 144-145

9 Alonso Zamora Vicente, *La Real Academia española*, Madrid, Espasa, 1999, p. 135.

En la Academia desarrolló todas sus preocupaciones lingüísticas de una manera práctica y activa. No estamos hablando de tratados teóricos, sino de una práctica vital. A través de su *Diario* tenemos noticias de esta labor continua, en las más variadas comisiones: Se estudia el diccionario de Nuñez Taboada, que incluye 5000 nuevas voces, pero “no se cree que haya motivo para haber insertado casi todas las tales voces en el diccionario” (1829, 19-II). Asimismo, la redacción de las abreviaturas para la 7ª edición del diccionario correrá a cargo de González, Pérez Caballero y él mismo (1830, 21-I). Participa en definiciones de términos musicales como Composición, concertante, y realiza discretas observaciones a la Gramática¹⁰:

No pierde ocasión para manifestarse en contra de los galicistas:

“en las oraciones gramaticales de nuestra lengua debe excusarse cuanto se pueda conforme al uso de nuestros buenos autores y contra el de los modernos galicistas, el nombrar el pronombre o persona que hace porque está embebido en el verbo a causa de la modificación que éste padece por la conjugación. Por ejemplo, en *amo* no sólo están determinados el modo indicativo, el tiempo presente y el número singular, sino también la primera persona *yo*; y así se dice: *Amo a Dios* y no *Yo amo a Dios*”.

Formará parte junto a Navarrete y González Carvajal, de la comisión que realizará el catálogo de autoridades que hayan escrito hasta el siglo último y hayan muerto.

En el *Memorial de la Vida*¹¹ resume su actividad académica de la siguiente forma:

“Está aquel cuerpo ocupado de continuo en el examen y corrección del diccionario y para ello se me dieron dos repartimientos que despaché

10 Observaciones como las siguientes: 1) “observese si los nombres que admiten aumentativos en *-on* los admiten también en *-azo*; 2) de los en *-on* salen otros aumentativos en *-azo*, como de *hombión*, *hombrazo*; 3) hay nombres de acción en *-azo* on en *-ado* derivados de otros y significan el golpe dado con el objeto que designa el primitivo, como *fusilazo*, *puñazo*, de *fusil*, *puño*; 4) los diminutivos en *-ico* son anticuados o poco usados. En su lugar se usan los en *-ito* que denotan disminución física. Los en *-illo*, la indican en sentido moral. Los en *-uelo*, en el concepto del que habla y porque considera el objeto o le afecta de un modo particular; 5) de algunos diminutivos salen otros, como de *chiquito* *chiquitito*, de *arroyuelo*, *arroyuelito*; 6) hay colectivos en *-ada*, como *torada*, *yeguada*; 7) Los compuestos de sustantivo y adjetivo son adjetivos y por esta razón comienzan por el sustantivo, mudada la terminación. Los de verbo y nombre son sustantivos y comienzan por aquel en tercera persona del singular del presente de indicativo.

11 José Luis Molina Martínez (ed), *José Musso Valiente, Obras. 3 Vols*; Lorca - Univ. de Murcia, 2004. Vol. I, pág. 472

sin tardanza. Como estaba también acordado que cada académico se dedicase a estudiar a uno de nuestros clásicos para extractar sus voces y frases, emprendí la lectura del Coloma y de él saqué algunas cédulas y aun extractos para mi uso; pero luego se interrumpió esta tarea para acudir a otras que llamaban más la atención. Igualmente tuve a mi cargo la corrección de los artículos pertenecientes a Ciencias Naturales y lo hice con varios; y para proceder con más método formé un índice con todos los de este género que contenía el diccionario, la nomenclatura o, digamos, definiciones de los términos usados en la Mineralogía y comencé a escribir la zoológica”.

Vemos que defiende el ideario que hizo nacer la Academia: consolidar el idioma, protegerlo de las influencias perniciosas y mostrarlo en todo su esplendor. Una actitud purista, especialmente frente al galicismo innecesario.

B) Las Ideas Lingüísticas

El principal problema con que nos encontramos es que Musso no dejó escrito ningún tratado gramatical propio o una poética en donde formulara explícitamente todo aquello que debemos suponer o deducir a partir de los retazos, a veces notas sueltas, que encontramos sobre todo en el *Diario* y en el *Memorial de la Vida*¹². Por esta razón cobra una especial relevancia el Discurso de Ingreso a la Academia de la lengua, de 1827, ya que teoriza y expone de forma directa su concepción acerca del nacimiento y desarrollo de las lenguas y más concretamente de la española.

Antes de que se publicara el memorial de la vida, supimos a través de su discípulo Apezechea¹³ que entre sus muchos intereses se encontraba el estudio de nuestra lengua y que en esa tarea “le sirvió maravillosamente el teatro de la elocuencia española de Capmany”¹⁴, lo que lo sitúa en la doctrina lingüística del setecientos. Nos detenemos en este punto un momento, porque A. Capmany representa una tendencia muy específica del XVIII en defensa del español. Publicó la *Filosofía de la elocuencia* (1777) y *El teatro histórico-crítico de la elocuencia castellana* en 1786. Fue el segundo de los libros el que inspiró a Musso, que participaba plenamente de las ideas allí plasmadas y de su metodología. Capmany se

12 Acerca del estilo y la intencionalidad del *Diario*, vid. José Luis Molina Martínez – Manuel Martínez Arnaldos, *La transición socio-literaria del Neoclasicismo al Romanticismo en el Diario (1827- 1838) de José Musso Valiente*, Murcia, Nostrum, 2002.

13 Apezechea, op. cit., pp. 130-131.

14 Op. cit, pp. 130-131.

propuso enseñar a los extranjeros la enorme riqueza de nuestra literatura y mostrar a todos, españoles y extranjeros, los más eximios ejemplos “de una pura y noble elocución”. Para ello revisa minuciosamente los modelos usados hasta entonces por la tradición, desecha los que objetivamente no merecen el reconocimiento de que gozan y selecciona a los autores que verdaderamente pueden servir como modelos por la excelencia y calidad de su estilo. Sus juicios son tan acertados que constituye un eslabón en la historia del enciclopedismo europeo y una referencia obligada en la historia de nuestra lengua¹⁵.

A partir de su lectura empezó una nueva forma de trabajar la lengua, copiando frases y expresiones de los más destacados autores; él mismo lo explica en el *Memorial de la vida*:

“Concebí el designio de abrazar varios estudios, pero, no habiendo tiempo ni cabeza para tanto, preferí el del idioma, tan necesario para todos. Con este objeto comencé a extractar *Los fundamentos de la elegancia castellana*, por Garcés, pero muy luego conocí que era mejor estudiar otros clásicos, para lo cual me servía maravillosamente el *Teatro de la elocuencia española* de Capmany. Leíale, pues, y copiaba frases, períodos y párrafos de Mariana, de los Luises y de Cervantes”.¹⁶

Efectivamente, en su obra inédita¹⁷ hay trabajos dedicados a las colecciones de ejemplos, porque la imitación -la *imitatio* aristotélica- era el mejor camino de aprendizaje.

2.1. Testimonio teórico. El discurso de ingreso¹⁸

Musso es heredero de las preocupaciones lingüísticas del siglo XVIII¹⁹. En realidad, él mismo es un hombre más cercano al XVIII que al XIX, puesto que su obra destila ilustración, como venimos repitiendo. En esta época tres son principalmente las cuestiones que intentan solucionarse: el barroco como extenuación del idioma -sobre todo en la primera parte del siglo- el afrancesamiento y la inundación de galicismos que parece van a aniquilar el idioma y la instalación del

15 Lázaro Carreter, op. cit., pp. 176-178.

16 *Obra Completa*, pág. 472, vol I.

17 En la documentación inédita de la Biblioteca Menéndez Pelayo se encuentra la “Colección de frases y períodos de buenos autores: Granada, Fr. Luis de León, Argensola y Mariana” y “Frases comunes acompañadas de las correspondientes de Granada y Cervantes”.

18 Molina Martínez (ed), *Obras completas*. Vol III, pp. 285 y ss.

19 Para una visión general de este aspecto, vid. Lázaro Carreter, F., *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, Barcelona, Crítica, 1985 (1ª ed. 1949), pp. 205-292.

español como lengua científica y de la enseñanza, desplazando al latín, que había desempeñado ese papel siempre. Los dos últimos aspectos serán los que trate este lorquino en más de una ocasión.

Aquí vemos que Musso es, ante todo, académico ilustrado, y sus palabras del discurso destilan la admiración y el entusiasmo por las cualidades de su lengua, así como el desprecio hacia el exceso del afrancesamiento y las malas traducciones.

Hay una separación tajante entre el lenguaje escrito y el lenguaje hablado, al cobrar toda la importancia el criterio de autoridad literaria; de ahí que el lenguaje popular no sea demasiado estimado en estos momentos.

En el *memorial de la vida* Musso Valiente resume su discurso de ingreso²⁰ así:

“leí un discurso sobre la influencia del carácter de las naciones en la formación de las lenguas y de éstas en las que las hablan”. Atendiendo sólo a esto cabría pensar que nos encontramos ante una glosa de la nebrijense idea de “la lengua compañera del imperio” o la romántica de que “la lengua es el espíritu de los pueblos”, pero se trata de algo más complejo e innovador para su época, a pesar del predominante tono conservador de su discurso, porque de la lectura de esta obra –y desde nuestra perspectiva actual, claro está– se desprenden ideas que hoy día gozan de plena vigencia, desarrolladas por la sociolingüística, por ejemplo, puesto que la lengua es contemplada también como un fenómeno social, psicológico y sociolingüístico; aunque con algunas restricciones, pues no todos los hablantes tienen el poder sobre la lengua que ejercen los reyes, el clero y los poetas, porque *del más sabio toma su ley el más ignorante*.

El espíritu del discurso se mueve entre los polos de tradición y novedad, racionalismo y romanticismo:

Por una parte, resuelve la cuestión del origen de las lenguas como una necesidad social y no como un don divino, pues piensa que los primeros pasos que da la sociedad para imponerse leyes son asimismo los que da para inventar el idioma: “la sociedad inventa el idioma en que ha de explicarse”; por otra, sigue proponiendo el hebreo como origen de las lenguas “idioma pobre, sencillo, áspero y al mismo tiempo enérgico”, como era propio en la centuria anterior. Como tópico clásico es también la concepción del latín como lengua perfecta imprescindible

20 Sobre el discurso de ingreso vid. También J. L. Molina Martínez, “La lengua castellana y su evolución en el discurso de ingreso e la RAE de José Musso y Valiente y sus principios de crítica literaria”, Lorca; *Clavis*, 1999, pp. 129-148.

para la expresión de la ciencia en toda su extensión, en un momento en el que él mismo está trabajando para que el castellano se imponga en todas las esferas del conocimiento:

“la más rica, la más armoniosa, la más graciosa, la más flexible, la más variada, la más poética, la más sabia de cuantas hasta ahora se han hablado y quizá de cuantas se hablen en adelante”.

En primer lugar, las causas de las diferencias de las lenguas (una vez superadas la cuestión de la lengua universal y su origen divino o humano), más allá de las objetivas y aislables diferencias gramaticales, hay que buscarlas en otras razones; la más importante de estas causas es, quizás la peripecia histórica y política que envuelve a las naciones que las hablan:

“Las vicisitudes, pues, a que están expuestas las sociedades civiles influyen de tal suerte sobre las lenguas de las mismas que les imprimen como un sello” (258, III).

A pesar de esas diferencias, todas las lenguas, en su opinión, presentan unas estructuras gramaticales semejantes (que no iguales) porque son inherentes a las categorías del pensamiento humano, pero cada lengua tiene un espíritu propio, una forma especial de aprehender el mundo que se refleja en la gramática: el género se plasma de manera diferente en inglés, francés, italiano o español, igual que los tiempos verbales, que también son diferentes en los distintos idiomas. Son las pasiones humanas las que influyen principalmente en estas diferencias.

Las lenguas son esenciales para el desarrollo y evolución de los pueblos porque el primer contacto entre las naciones se hace a través de sus lenguas y hay una influencia recíproca que las modifica y enriquece. Todo parece indicar que las lenguas evolucionan por el contacto: “la vencida suele con la libertad perder la suya, y con el yugo recibir la del contrario, o tal vez las dos se funden y de su mezcla resulta otra nueva”. El contacto no es un proceso negativo, antes al contrario, ésta evolución lleva al enriquecimiento y no a la decadencia, como pensaban algunos de sus coetáneos²¹. Sirva como ejemplo una cita del discurso de ingreso en la Academia de Fernández Navarrete, quien ve en este proceso una muestra de la decadencia del idioma:

21 En el discurso de ingreso de Martín Fernández Navarrete (1765 – 1844), “Discurso sobre la formación y progresos del idioma”, en G. Bleiberg, *Antología de los elogios de la lengua española*; Madrid, Ed. Cultura Hispánica, 1951. pág.339-345.

“Las lenguas que se forman de la corrupción o de los restos de otras muchas encuentran, por lo mismo, grandes obstáculos en su formación y progreso”.

Esta cuestión, no obstante sigue debatiéndose en la actualidad, pues el convencimiento de que la lengua degenera está mucho más arraigado que el sentimiento de que está progresando²².

En el caso particular de la lengua española pueden observarse estas premisas a lo largo de todo el proceso histórico que llevaría a su formación, desarrollo y consolidación como lengua de cultura. Un acertado y apasionado recorrido por la historia de la lengua nos va mostrando las distintas etapas de esta evolución, tomando como eje en torno al cual giran las principales etapas el latín: las lenguas prerromanas desaparecieron totalmente ante el poder de la romanización. Se empleó el latín como lengua de relación común hasta la llegada de los bárbaros, quienes lo pervirtieron, lo desfiguraron, lo empobrecieron y lo envilecieron; en este estado depauperado permaneció en la Península hasta que otra civilización elevada y sofisticada vuelve a enriquecer la lengua con su ingenio y su imaginación, esto es, la musulmana. El dialecto “latino-gótico” quedó confinado en las montañas asturianas y desde allí cobraría nuevas fuerzas y renovadas energías para combatir al musulmán; con ellos la lengua castellana despertaría de su letargo. Y empiezan así los primeros vagidos del castellano, en nada semejante al que se hablaría siglos después, ya que necesitaba todavía del enriquecimiento del paso de los años y las civilizaciones.

Entre moros, castellanos y aragoneses, se impone el castellano a pesar de su rudimentario aspecto, que va captando lo mejor de cada una de las lenguas que lo rodean, porque “del más sabio recibe siempre la ley el más ignorante” y esto se aplica a las lenguas y a la evolución del ser humano y de la sociedad, donde la fortaleza no reside sino en la sabiduría y en la cultura, y la debilidad en la ignorancia. Una vez más el pensamiento dieciochesco de este epígono de la Ilustración queda manifiesto

A lo largo de todo el discurso queda patente que el modelo lingüístico ideal es la lengua literaria y que la madurez del idioma sólo puede apreciarse en las obras escritas por los mejores autores, pero su tono es siempre mesurado y no cae en los excesos, tan frecuentes en su época cuando se abordaba este punto. Sirva como ejemplo el discurso del académico Fernández de Navarrete, quien se expresaba así:

22 J. Aitchison, *El cambio en las lenguas ¿progreso o decadencia?*, Barcelona, Ariel, 1993, p. 11.

“La lengua de los pueblos groseros es un obstáculo a los progresos del espíritu, y que nunca acaba de desenvolverse sino con el auxilio de grandes escritores. Los poetas suelen ser los primeros que puliendo un idioma fijan la fecha de sus progresos”²³.

No en vano uno de los requisitos unánimemente aceptados que debe tener una lengua para diferenciarla de cualquier otra manifestación lingüística es que sea vehículo de una importante tradición literaria²⁴. Esta tradición empieza a fraguarse con la Partidas del Rey Sabio, el Infante D. Juan Manuel o Berceo. La lengua va mejorando y madurando en las plumas de Juan de Mena, Jorge Manrique, Fernán González o Pérez de Guzmán²⁵.

En esta evolución hay un siglo, el XV, que destaca por los logros que en él consigue la lengua; en esta época se vuelve la mirada al mundo clásico grecolatino con ansias renovadas y entusiasmo superlativo, (quizás a veces excesivo) ante el que era el origen de su idioma, pero a pesar del entusiasmo que despierta en Musso el latín, piensa, con juicio certero, que no había que intentar latinizar el castellano, pues ya no era tiempo:

“no era ciertamente el castellano un dialecto del latín, sino una lengua nueva, que en su origen le tuvo por fundamento, no un edificio antiguo y restaurado, sino otro moderno construido con las ruinas del primero”

De ahí que dé a Garcilaso un lugar destacado en la evolución y madurez del castellano, ya que participando de ese espíritu clásico, supo adaptar lo mejor y lo que más le convenía a nuestro idioma.

Pero no son los escritores los que deciden la fortuna de las lenguas; una vez más “del más sabio recibe siempre la ley el más ignorante”, y de ahí que los reyes y clérigos hayan tomado bajo su mando las riendas de este vehículo de comunicación y representación de otros valores más allá de los comunicativos; es algo más que el tópico de la lengua como compañera del imperio:

23 Martín Fernández Navarrete, op. cit., pág. 342.

24 Manuel Alvar López., “Lengua, dialecto y otras cuestiones conexas” y otros.

25 Esta creencia en la autoridad de los autores clásicos es una constante en la historia de la lengua, sirva como ejemplo lo referido por J. Aitchinson, Op. Ci. Pág.11: “cada generación, inevitablemente, cree que las ropas, las costumbres y la manera de hablar de la siguiente son peores que las suyas. Por consiguiente, cabe suponer que se encuentran actitudes respetuosas hacia los usos conservadores de la lengua en todos los tiempos y todas las culturas, y, en las sociedades con tradición literaria, un respeto reverente por la lengua de los escritores *clásicos del pasado*”.

“Notable es que estando el castellano todavía en la cuna le tomaran a su cargo reyes y personajes de otra jerarquía, y que cuando se apartaba de su compañía se acogía a los misterios y hechos de la Religión”.

Con los Reyes Católicos se fijan las reglas de su gramática, después, al igual que el ejército conquistaba nuevas tierras, así también lo hizo el idioma, enriqueciéndose con elementos de las lenguas con las que entraba en contacto. Como la historia de las lenguas va unida a la historia de las gentes que las hablan “durante siglo y medio, periodo de nuestra gloria militar y literaria, fue también suerte particular del idioma que casi no dejaba el santuario sino para salir a campaña”

El castellano llegó a ser una de las primeras lenguas en el mundo; ¿cómo explica la supremacía de nuestra lengua en el siglo de Oro y el porqué de sus rasgos?, pues fiel a su concepción, lengua y sociedad más allá de los parámetros mensurables a través de la estadística.

“la religión continuaba infundiéndole aquella grandeza que la hacía capaz de sublimar hasta el trono de la divinidad, el espíritu militar aquel brío y desembarazo con que desenredándose de partículas, abreviando e invirtiendo la frase marchaba con la misma bizarría que nuestros tercios y escuadrones”.

Y así, la galantería, la cortesanía y la franqueza de la lengua lo eran también del pueblo y la primacía de la nación se plasmaba a su vez en la lengua; la fastuosidad de la corte era la magnificencia de la lengua.

“si es sonora, suave, armoniosa, rica, flexible, varia, amena, elegante, grandiosa, magnífica, lo debe más que a otra cosa a los sucesos que han influido en la fortuna de la nación”

Y si los moldes de las lenguas ya están formados ¿dónde reside la libertad del individuo. ¿Esclaviza la lengua al hablante? El escritor, pues son los escritores los seres privilegiados que gozan de esta bella herramienta, manifiesta su propio estilo acomodándose al espíritu de su lengua:

“el buen escritor, no perdiendo nunca de vista el carácter de su idioma, huirá de deslucirse con el empeño de prestarle lo que no admite y pondrá su gloria con el cuidado de realzar la natural belleza de este”

Y llega así a su momento histórico, época en la que imperaba el exceso por el gusto hacia lo francés que estaba causando estragos en el idioma. Los malos traductores son unos de los principales causantes de estos desmanes.

“Así como el diestro tañedor no busca en el violín los sonos que excita el viento comprimido, ni en la flauta los que producen las vibraciones de las cuerdas, el escritor hábil considera que es tan imposible hablar un español a la francesa como un francés a la española”

En este siglo los idiomas clásicos cobran un importante relieve. La importancia del francés y el desconocimiento de esta lengua por parte de la mayoría hacen que se propugne su enseñanza y que proliferen las traducciones de obras francesas, aunque las más de las veces no eran demasiado buenas. Muestra por tanto su descontento ante esta situación, pero mucho más moderadamente que su coetáneo Fernández de Navarrete, quien, reconociendo la enorme responsabilidad que tienen los traductores en acrecentar o empobrecer un idioma, se manifiesta en estos términos²⁶:

“(…) deslumbrados con la novedad, se apresuraron a traducir al español multitud de obras francesas de todas clases. Cundió la plaga de traductores que, sin conocer la diversidad de carácter de ambos idiomas, corrompieron el lenguaje nativo sin adornarlo con las bellezas del extranjero; (...) Así es que, abandonando la lección de nuestros buenos maestros, los conocimientos sólidos de su doctrina, los textos puros y castizos del lenguaje español, se ha corrompido éste con voces y construcciones francesas y se ha adulterado miserablemente, sin dignidad y pureza, con el bárbaro galicismo”.

Como tajante se mostraba también José Joaquín de Mora (1783-1864) en su discurso de ingreso, fragmento que no me resisto a reproducir:

“El neologismo o, más bien, démosle su verdadero nombre, el galicismo se enseñorea hoy en España, como un usurpador innoble que se complace en desfigurar los monumentos y en envilecer las glorias del pueblo sometido. La afectación y la exageración que son los vicios sociales y literarios más dominantes en nuestro siglo, le han allanado

26 Op. cit. Pág. 345

la barrera de los Pirineos, y lo han introducido en nuestra política, en nuestra legislación, en nuestra patria, en el sagrado de nuestros hogares domésticos”²⁷

No obstante, el antigalicismo²⁸ de Musso Valiente se verá con enorme claridad en otros comentarios menos académicos como los que ya hemos citado o los que veremos a continuación.

2.2. Testimonio práctico. Observaciones y juicios

Si en el discurso de ingreso se nos muestra un Musso retórico y académico, hay otros ejemplos de su criterio lingüístico que nos lo presentan más cercano, pragmático, irónico y mordaz, aplicando escrupulosamente la idea de una expresión clara e inequívoca, sin lugar para las imprecisiones. Se trata de las “*Observaciones sobre el prospecto del tratado de las aguas de Don José Mariano Vallejo*”²⁹ año 1832, de (pp. 187 y ss). A primera vista, podría parecer un documento científico simplemente, puesto que se trata de una obra sobre el aprovechamiento de las aguas que el autor le ha enviado a Musso Valiente para que la revise antes de su publicación, pues también era un entendido en física y matemáticas; pero estas observaciones esconden mucho más, porque el Musso académico de la Lengua también actúa, y convierte esas páginas en todo un tratado de estilística aplicada, donde se abordan matices morfológicos, sintácticos y léxicos y donde se puede apreciar con total claridad su formación neoclásica y su gusto por la expresión inequívoca y la exactitud. Unos cuantos ejemplos de este racionalismo resultarán más elocuentes que cualquiera de las explicaciones.

Acerca de la idea de la medida y el equilibrio que deben regir todo acto lingüístico en cualquiera de sus niveles hay algunas muestras verdaderamente esclarecedoras y contundentes, como veremos a continuación.

Ante el título, posiblemente demasiado largo, Musso aconseja el de “*Tratado del movimiento y aplicaciones de las aguas*” (con la preposición *de* y no *sobre*), porque:

27 G. Bleimberg, op. cit., p. 352

28 Esta actitud es el reflejo del momento histórico, cuando se daban cita los puristas y los casticistas y la academia se manifiesta como “purista”, contra todo galicismo: “purismo y casticismo son, pues, planos distintos, con una arista común: la seguridad de que la lengua española está formada y de que posee una suficiente abundancia de vocablos que le permite desarrollar su vida sin préstamos de otros idiomas. Pero mientras en la vertiente casticista se pugna por remover aquella riqueza inoperante, en la purista se levanta un obstinado muro, que opone su intransigencia a la menor penetración de neologismos”; Lázaro Carreter, Op. Cit., p. 261

“porque no puedo disimular cuánto me incomoda aquellos titulazos eternos en que los autores se empeñan en vaciarlo todo desde la portada metiendo en ella lo que corresponde al prólogo, o quizá el cuerpo de la misma obra, como si les faltara tiempo para decirlo. Los títulos deben ser concisos, sencillos y modestos, sin dar lugar a que el lector, al verlos, exclame: *Quid dignum tanto feret hic promissor hiato?*”³⁰

Propiedad y selección en las fórmulas utilizadas:

“*Obra útil, necesaria*, etc. No hay libro de juegos de manos, de secretos y de casos raros que no contenga una cláusula parecida a ésta, por lo que, en cierto modo, ha llegado a hacerse ridícula y, en verdad, que alguna diferencia hay de un libraco de esos al tratado que lleva usted entre manos. Para huir de tales locuciones, pondría yo en su lugar: ‘El autor se lisonjea de que en esta obra no dejarán de hallar utilidad casi todo género de personas, ya sean propietarios, etc.’”³¹

“*En efecto*. Se ha hecho tan vulgar y familiar esta locución que confieso me disuena a burla en un escrito. Será melindre, pero sé que no soy yo solo el que le tiene. Hay también mejores locuciones, *por cierto, ciertamente, en verdad, o a la verdad* y aun *verdaderamente*”³²

El buen autor debe tender al equilibrio:

“*Que se cambie repentinamente*, etc. Cuidado con las exageraciones de las cuales es menester huir siempre y más en esta clase de obras. Basta decir: que se cambie, y aún yo omitiría toda la frase ‘que se cambie repentinamente en frondosidad el aspecto árido y estéril que presentan nuestros campos’ y dejaría la siguiente que es más modesta y dice lo mismo”³³

“*En frondosas, fértiles, amenas, agradables y fructíferas*. Lo frondoso y lo ameno se parecen mucho y lo ameno agrada. Fértil y fructífero son una misma cosa. En *amenas y fértiles* basta.”³⁴

29 Molina Martínez (ed), *Obras*. Vol. III, p. 187 y ss.

30 J. L. Molina Martínez, *Obras*, vol. 3, p. 194.

31 *Ibid.*, vol. 3, p. 195.

32 *Ibid.*, vol. 3, p. 198.

33 *Ibid.*, vol. 3, p. 195.

34 *Ibid.*, vol. 3, p. 200.

Huir de la redundancia:

“*Por la navegación interior.* Sobra esta expresión. Si el transporte se ha de hacer por agua, no irán las mercancías a lomo ni sobre ruedas”³⁵

“*Más esenciales.* O son *esenciales* o no lo son, y si lo son, no hay una más esencial que otra”³⁶

Evitará el abuso de gerundios e infinitivos:

“*Facilitando... proporcionando.* Estos gerundios enredan la oración. Por otra parte, reduciendo a la práctica la doctrina enseñada *se facilitará y se proporcionará* lo que aquí se dice, pues la obra misma por sí ni facilita ni proporciona sino indirectamente”³⁷

“*Si se quiere intentar proceder* ¿No basta *querer proceder* sino que es necesario además *querer intentar*? *Si se quiere proceder*, y así evitamos también 2 infinitivos seguidos, los cuales no hacen buen efecto en castellano”³⁸

Y por supuesto, nuestro académico no puede evitar que su oficio de lexicógrafo se imponga en cuanto hay ocasión, porque alguien tan estricto y minucioso persigue siempre la mejor acepción de una voz o el término más apropiado, refrendado siempre por el criterio de autoridad de los grandes autores españoles. Por otra parte, si nuestro idioma posee palabras castizas y tradicionales plenamente válidas, no hay que dejarse llevar por las modas y mucho menos si es francesa. Véase sino el siguiente ejemplo, todo un prodigio de rigor léxico, semejante a sus intervenciones en las sesiones académicas:

“*Del globo.* Verdad es que la tierra es, o viene a ser, un *globo* y verdad es que por esta palabra sin más epíteto se la quiere designar como por antonomasia, pero, demás de no tener en su favor el uso de los buenos autores, la antonomasia es tan noble como si se llamase la *bola*. Hay voces que nunca pueden pasar de cierta esfera, como talentos que nunca pueden llegar a ser sublimes. Cabalmente, en contra del pobre *globo*, se ha destinado la voz a secas para designar un *globo aerostático* y, por

35 Ibid., vol. 3, p. 195.

36 Ibid., vol. 3, p. 199.

37 Ibid., vol. 3, p. 195.

38 Ibid., vol. 3, p. 197.

cierto, en la comparación tácita de la tierra con él queda ésta muy poco lucida. En castellano se ha dicho siempre *el orbe* y, aunque es cierto que *orbe*, en rigor, es un *círculo*, como en este sentido se ha desterrado ya de la geometría, ha quedado con toda la autoridad antigua para indicar la tierra, sin que de aquí salga más que para denotar *los orbes celestiales*, expresión que ha adoptado hasta la poesía y, por tanto, tiene toda la nobleza de que es capaz. Digamos, pues, *el orbe* como se ha dicho siempre y déjese *el globo* para el aerostático u otra maquinilla esférica y para los franceses.”³⁹

2.3. Musso lexicógrafo dialectal

En su papel de académico sabemos que Musso participó activamente en la revisión del diccionario, de hecho llegó a encargarse de la octava edición. Por distintos testimonios conocemos también que se encargó de corregir las voces pertenecientes a Ciencias Naturales y que para llevar a cabo tal encomienda realizó un índice de todos los términos técnicos que contiene el diccionario; realizó los de mineralogía y comenzó con la zoología.

No podemos profundizar en este punto, que por sí mismo constituye un objeto de estudio, pero creemos necesario mencionar que este interés por el vocabulario trascendía el ámbito de lo académico, preocupándose también por el léxico tradicional y popular, y en el caso particular que nos ocupa, por el vocabulario dialectal.

Esto significa que entre sus enciclopédicos intereses también se encontraba el gusto por lo tradicional y más concretamente por lo dialectal, ya que en más de una ocasión muestra un interés particular por las voces de su tierra, de su *país*, como él mismo dice al definir el *Bergamoto*, por ejemplo:

“Árbol, especie de limonero que produce el fruto del mismo nombre, diferente del común en el mayor tamaño, sabor amargo y olor suave y delicado. En nota hago presente que de él se hace un dulce exquisito y que se usa en mi país donde le designan con este nombre para diferenciarle del limón común, del pomelo, etc.”

De ahí que no llegue a sorprendernos el que en la obra de José Mariano Vallejo *Tratado sobre el movimiento y aplicaciones de las aguas*, (no hizo caso a las observaciones del maestro en lo referente a la preposición del título) aparezca

39 Ibid., vol. 3, p. 196.

inserto un capítulo escrito por Musso Valiente sobre “*Definiciones de algunos términos pertenecientes a los riegos de la huerta de Lorca y su campo; e indicaciones acerca de los tarquines y otros medios que se han ideado para desensalobrar las tierras*”⁴⁰. Explica el autor⁴¹ que le hizo este encargo al lorquino por ser hombre experto en cuestiones hidráulicas al que conoció en clase de Matemáticas en la Real Academia de San Fernando, donde hizo una disertación sobre Hidrodinámica, señal de su interés en el tema. Nadie tan preparado como el enciclopédico lorquino para ilustrar los ejemplos prácticos del libro.

Encontramos en esta obra un valioso vocabulario sobre el riego tradicional murciano realizado con el rigor que caracteriza al académico y que cobra mayor relevancia con el paso del tiempo.

Podemos encontrar allí las definiciones de

- Regar, regadío, riego, regante, regador
- Salobral, saladar, salobre, ensalobrar, desensalobrar
- Crecida, tarquín, rambla, ramblizo, entarquinar
- Sangrador o sangradera. Toma, caz, azud
- Enrunarse (azolverse), desenrunarle
- Boquera
- Bancal, era, caballón, atochada, atochar
- Traílla, traillar
- Heredamiento, alporchón
- Caja, cajero
- Brazales, quijero, cabeza, cola, punta, escurridor, regadera, reguera o reguero, reguerón
- Tajamar, partidor, tablacho, padrones, telar
- Hila, tanda, fiel de tandas, libros de saque, fiel partidor
- Jarique, regolfo, brenca, aguaducho.

Quede pues enunciado el tema, en el que ahora ya no podemos detenernos, pero del que daremos cumplida cuenta en otra ocasión, pues nunca más que ahora estas voces han manifestado su importancia léxica y cultural.

40 José Mariano Vallejo, *Tratado sobre el movimiento y aplicaciones de las aguas*; Madrid, Imprenta de D: Miguel de Burgos, 1833, Tomo III, libro VIII, pp. 431-541.

41 Vid. Molina Martínez (ed), *Obras*, Vol. III, pp. 201-202.